

27 de Julio de 1928.

Señor don
Pedro Prado.
Bogotá.

Mi querido amigo y compañero:

Su breve tarjeta me demuestra que no ha olvidado usted a los que hemos quedado aquí recordándolo. Y también que usted vuelve a ocuparse en las cosas de su tierra.

Desgraciadamente, con usted se fue el alma del P. E. N. Club. No se ha vuelto a reunir la comparsa bulliciosa de Picart. Y es que los tiempos han cambiado mucho en poco espacio. Barrios está metido de lleno en su Reforma Educacional. No tiene tiempo que perder, y su bella obra con razón le roba todos sus minutos. Armando Donoso lo secunda en un puesto de suma importancia. Diego Dublé se ha convertido a la religión que había perdido en la adolescencia. No es ya el mismo de antes. Los demás.... Usted bien sabe que si se les llama, vienen, aunque demoren. Pero ¿quién los va a llamar?

Me pide que le cuente algo de mi labor y de mis proyectos. ¿No sabe usted, mi noble amigo, que soy periodista y que, por tanto, mi labor y mis proyectos se reducen a mascar el freno mientras me prodigo en un trabajo que no amo y que cumplo sólo por la dura obligación de vivir? Afortunadamente en la Biblioteca paso las más de las horas del día, y aquí sí que cumplo trabajos y fraguo proyectos de que puede hablarse.

Uno de ellos es el sostenimiento de la revista Ate-nea, entregada a mí mientras Eduardo soporta el duro peso de su cartera ministerial. ¿Cómo me agradaría poder publicar en la revista algún trabajo suyo! No sé si ha escrito usted mucho en Bogotá, y me agrada-ría que me lo dijera. Pero sí sé que tiene desde Chi-le mucho inédito. ¿No podría dedicarme algo de eso para la revista que usted bien conoce? Sería unapri-micia que no sé que haya otra revista en Chile digna de merecerla.

Permítame reprocharle su flojera. ¿El ambiente tro-pical? ¿Los deberes de su cargo? El hecho es que desde su partida bien pocos son los que tienen noticias de usted. Yo soy de los más afortunados. ¡Y he reci-bido una tarjeta postal con cuatro palabras!

No desespero de recibir de usted una carta bien nutrida de noticias. Han pasado ya muchos meses -¿cuántos?- desde su partida. Los sucesos de ese tiempo ¿no merecen la atención de un recuerdo?

Entre tanto, absuélvame un pequeño problema. Dice usted que es mi "agradecido amigo". ¿Por qué agradecido? Es una palabra que no creo merecer. Cualquiera cosa que haya hecho alguno de sus amigos por usted vale menos, infinitamente menos, que la sabiduría y el reposo espiritual que usted ha difundido a manos llenas en quienes se acercaron a usted. ¿Quiénes deben estar, entonces, agradecidos? Sé que escribí sobre usted algunas líneas vulgares. No me parecen que valgan un agradecimiento. Le repito: mucho más que eso nos ha dado usted a todos.

Por eso lo recordamos con emoción y cariño. Por eso su tarjeta ha sido para mí un regalo que con justicia me hace estar orgulloso.

Reciba los saludos más afectuosos de su amigo que lo quiere y lo recuerda con inalterable afecto.

Raúl H. Castro

P. S.-El secretario de su Legación, Sergio Huneeus, acaba de sufrir una dolorosa pérdida: la muerte de su hermano Daniel. ¿Me permitirá usted que le encomiende la misión de presentar mis condolencias al que es uno de mis más simpáticos amigos? Muy agradecido. Vale.